

¿PSICOANÁLISIS REVOLUCIONARIO?

Aniceto Aramoni

Dejo a los triunfadores las recetas para lograr el éxito. Mi oficio no lo permite. Consiste en tratar de comprender a quien parece ininteligible. Se necesita mucho tiempo para comprender a un hombre. Hace falta más para tratar de cambiarlo. El contacto diario con individuos unitarios —permítase la redundancia—, que no se parecen y que al mismo tiempo son semejantes, todos ejemplares irremplazables, difíciles de encuadrar, experimentos exclusivos de la naturaleza, acabó por convencerme de un hecho: cada hombre debe recorrer su propio camino, nadie debe marchar sobre el camino de otro. Las prescripciones no ayudan a salvar a nadie —en tanto que se trate de problemas psicológicos—, y el psicoanálisis tiene que ver directamente con esa forma de actuar; lo más que podrá hacerse será acercar el individuo al problema, mostrarlo bajo una nueva perspectiva y tratar de que halle la mejor solución; pero eso sí, la deberá encontrar él, para él.

Mi ocupación durante los últimos 24 años ha sido psicoanalizar. De eso es que puedo hablar y de ese tema trata este artículo. La manera de practicar arte y ciencia, la forma de hacerlo del mejor modo posible, tratar de encontrar nuevos caminos, ha llenado mi tiempo. La labor trascendente siempre resulta interesante. Los que la ejercen no lo son en igual modo.

Hablemos pues de ¿Psicoanálisis revolucionario? de la Alquimia del procedimiento, del hombre que lo practica.

En el desarrollo de este trabajo deseo concretarme a tres aspectos limitados: a) El “nuevo” paciente frente al “viejo” analista. b) La alquimia: el cambio del analista ante el fenómeno repetido en épocas distintas. c) El “nuevo” analista ante el “nuevo” paciente.

a) El “nuevo” paciente frente al “viejo” analista

Parece prudente aceptar que algunos elementos de nuestro mundo están en crisis, y ciertamente que uno de los aspectos más claros y aceptables para la generalidad de los observadores, tiene que ver con la crisis planteada por los llamados elementos jóvenes de nuestra sociedad, que presenta características de universalidad.

Este “nuevo” joven, elaborado en los años recientes, presenta



cualidades y defectos interesantes que no voy a enjuiciar aquí, pues excedería los límites de este estudio. Sólo haré la descripción sucinta de ciertos rasgos que resultarán pertinentes para la tesis que trataré de mostrar.

Diré que los jóvenes actuales se enfrentan a la autoridad con una actitud resuelta, insumisa y sin sentimiento de inferioridad, culpa o ansiedad. Se muestran exigentes, discriminativos, críticos y objetivos. Despreciantes y rebeldes ante los convencionalismos. Muestran gran desinhibición y liberación de tabúes de índole sexual. Emplean un lenguaje franco, directo, agresivo; y pretenden llamar a los hechos por sus verdaderos nombres. Actúan irrespetuosamente frente a símbolos tradicionales otrora casi sagrados: patria, bandera, religión, himno, cartilla militar. Están contra la guerra de la índole que sea, en favor de la paz, predicando la libertad, el amor y la humildad. Han trastornado completamente el vestido, el corte de cabello, el baile, la música, la limpieza y muchas normas sociales.

Aunque no todos los jóvenes recientes, en todas partes del mundo caben dentro del retrato que he bosquejado; la existencia de tales ejemplos no puede ser negada y cada vez ejercen una influencia mayor dentro de la sociedad, en las más diversas esferas.

Otro tipo de joven, que también se ha ido desarrollando en los años últimos, resulta casi antípoda al anterior; jóvenes que muestran características de tipo francamente mercantil, es decir una personalidad adaptada a los cambios tecnológicos e industriales de nuestra sociedad de consumo, enajenante y deshumanizadora. Este tipo de personalidad mimética, es el que más se adapta a los cambios que han ido ocurriendo dentro de nuestra sociedad que aspira a programar electrónicamente su futuro.

Para ambos tipos de jóvenes parece inadecuado el método psicoanalítico tradicional fundado en premisas que incluyen: superyo-igual a opinión paternal; inconscientes integrados por un cúmulo de fuerzas instintivas irracionales; represión fundamentalmente de índole sexual, con derivaciones edípicas, con deseos sexuales hacia la madre y deseos de muerte hacia el padre; problema femenino derivado de la privación del pene, su envidia y la reacción consiguiente, jamás superada y vigente de modo perenne. Los jóvenes —que son quienes particularmente interesan para este estudio—, han superado muchos de los problemas que justifican el psicoanálisis en la época de su descubrimiento, dentro de una sociedad victoriana convencional, gazmoña y preñada de romanticismo. Han realizado cambios básicos que hacen innecesario el análisis tradicional, como si hubieran logrado en masa, por las razones que sean, resolver los problemas que hu-

bieran llevado al tratamiento analítico en épocas anteriores. Por consiguiente, la forma de análisis empleada habitualmente, resultaría inocente, obsoleta y anacrónica.

Para el otro tipo de joven, con una orientación mercantil del carácter, los resultados serían similares, pues se encuentran enfermos —por así decirlo—, por razones de índole socioeconómica, para así poder funcionar dentro de una sociedad inhumana o parahumana, que nada tiene que ver con la etiología sexual, edipiana, o de envidia del pene. Por consiguiente, el psicoanálisis habitual nada tendría que hacer, ni podría ofrecer solución alguna.*

Indiferentemente del enjuiciamiento acerca de si se trata de modificaciones caracterológicas de la juventud que puedan considerarse negativas, positivas o mixtas, y sin pretender tomar partido en uno u otro sentido, vale decir, que el individuo a quien deberá enfrentarse el psicoanalista en los años venideros y en los actuales casi nada tiene en común con aquel para el que fue descubierto y elaborado el procedimiento por Freud, y que provocó una reacción tan violenta entre sus contemporáneos, precisamente por su radicalismo y por sus metas revolucionarias.** Al exponer esta afirmación no pretendo desconocer, por una parte, que el hombre es uno y el mismo en todas las épocas; pero simultáneamente, por la otra, es diferente y totalmente distinto en condiciones diversas, en culturas o sociedades y momentos históricos variables. Esto es, que si bien es cierto que desde el punto de vista orgánico, biológico, químico y físico, se trata del mismo individuo y de uno solo como ser humano, también es cierto que, visto desde el ángulo antropológico, social, cultural y probablemente en cuanto al sector psicológico, no puede hablarse del hombre como algo que parezca inmutable.

En esta fecha, una dosis suficiente de cianuro mataría lo mismo al contemporáneo de Ekhnaton que al habitante de cualquier departamento parisino o de Nueva York. No hay la menor duda en cuanto a la sintomatología y el tiempo que sería necesario para ello.

* Parece interesante hacer notar que las ocurrencias dentro de la sociedad actual, corroboran la idea expresada por Fromm con cierta frecuencia: "El individuo no es como una hoja de papel en blanco, en la que la cultura escribe su texto". También se relaciona de modo claro con la observación de que el hombre se pliega a numerosas exigencias; pero no quiere decir que si lo que se le exige resulta destructivo para su naturaleza, no pueda causar un cambio radical, alterando esas condiciones nóxicas, de modo revolucionario.

** En mi trabajo "¿Nuevo psicoanálisis?" presentado durante el III Foro Internacional de Psicoanálisis, en la ciudad de México, en el año de 1969 y en un libro con el mismo título publicado en Editorial Siglo XXI, en 1970, me referí ampliamente a estos hechos, por primera vez.

Un acto sexual primario de los padres, probablemente no afectaría de la misma manera a un habitante de la España medieval, que al joven o niño que puede comprar en cualquier puesto de revistas de Houston, Nueva York o Copenhague, lo más atrevido que imaginarse pueda de las llamadas expresiones pornográficas, que pueda asistir a una película con tema parecido, o ir al teatro y estar presente durante un espectáculo de igual categoría en el año de 1974. En ese sentido puede desprenderse una conclusión: hay cierta desigualdad entre dos individuos de épocas diferentes en función del influjo de incitantes psicológicos, económicos, culturales, también distintos, subjetivamente hablando, en un caso y objetivo en otros.

Por otra parte, lo que reprime un individuo en épocas diferentes, o en la misma pero en culturas distintas, también resulta completamente diferente. En numerosos escritos de Fromm se ha hecho hincapié en estos aspectos: en una sociedad guerrera, donde lo importante es matar y obtener por medio de la rapiña lo que haga falta para vivir, se reprimirá todo aquello que no esté permitido, que se relacione con disminución de la agresividad; repugnancia por la violencia y la destructividad, con sentimientos de temor, culpa, simpatía, generosidad hacia el enemigo o duda. De aparecer, serían suprimidos por la represión, y quizá podrían ocasionar trastornos de índole psicosomática.

A su vez, en una sociedad no agresiva ni violenta, con intereses fundamentales pacifistas y de colaboración en vez de atropello y abuso, un individuo en quien se presentaran pensamientos o deseos de naturaleza agresivo-destructiva, tendría que reprimirlos y al mismo tiempo podría desarrollar sintomatología visceral de tipo reflejo. En ambos casos se trataría de represión, siempre estaría actuando una instancia que Freud llamó Superyo, que para él tendría la significación del mandato paterno introyectado; pero al mismo tiempo se trataría de hechos totalmente diferentes en sus consecuencias. Y al clasificar lo que existiera como material reprimido, el psicoanalista, al igual que el sociólogo o el antropólogo, tendrían que plantearse la necesidad de alguna norma o patrón para enjuiciar, ya que de otro modo ello constituiría una forma de caos.

Sería preciso —específicamente con el fin de intentar la curación de un individuo—, saber el sentido del camino que se pretendería recorrer durante el tratamiento. ¿Habría que “ajustar” al hombre a la situación social, con la mira de que no sufriera ansiedad y sensación de “ostracismo”? ¿La sociedad debería ser considerada como la pauta, y plegar todos los demás intereses exclusivamente a la satisfacción de un grupo social?

Entonces, ¿habría que intentar tantos tratamientos como sociedades hubiera? ¿Curar al “cobarde”, incapaz de matar, con el objeto de que llenara los requerimientos de la sociedad de guerreros y de rapiña? ¿Desmoralizar al que a su vez, por circunstancias personales de carácter o de personalidad, intentara rebelarse y cambiar las condiciones prevalecientes, que conducirían a la permanencia de un clima de hostilidad y de destrucción? De todo esto se desprende que, aunque Freud vio perfectamente y con toda la profundidad necesaria el problema básico en psicoanálisis, el de la represión, lo limitó insensiblemente, y quizá por circunstancias culturales que no pudo superar, a motivaciones de índole sexual, prohibiciones más o menos moralizantes, pero siempre de etiología sexual, relacionadas en alguna forma con el complejo de Edipo. El mecanismo por el que se reprime resulta cierto; los motivos y los elementos que se reprimen, desde los estudios muy radicales de Fromm, especialmente los publicados en *Psicoanálisis y Zen Budismo* han cambiado y se han ampliado de modo franco y revelador. Constituyen parte importante de la estructura teórica del psicoanálisis humanista.

Fromm especifica que la conciencia y la inconciencia están socialmente condicionadas. Se tiene conciencia de sentimientos y pensamientos que pueden penetrar lo que llama “el triple filtro del lenguaje (carácter social). Las experiencias que no pueden filtrarse permanecen fuera de la conciencia, es decir, permanecen inconscientes”. Puede decirse, siguiendo el pensamiento de Fromm, que “el contenido del inconsciente, entonces, no es ni el bien ni el mal, ni lo racional ni lo irracional, sino ambos: es todo lo humano. El inconsciente es el hombre total—menos esa parte del hombre que corresponde a su sociedad.”

Una clave importante para entender el pensamiento de Fromm en este sector, es la siguiente: podemos diferenciar así entre aquello de lo que es consciente una persona y aquello de lo que se vuelve consciente. Es consciente, principalmente, de ficciones; puede volverse consciente de las realidades que están por debajo de estas ficciones.

El camino recorrido puede considerarse largo y los resultados totalmente revolucionarios. De considerar el inconsciente como una especie de receptáculo que contenía lo malo del individuo, el abandono total del aspecto topográfico, para llegar a una concepción realmente dinámica, de función y no de lugar, por una parte. Por la otra, la idea de que el inconsciente contiene lo bueno y lo malo, la totalidad del hombre, y el individuo puede creerse consciente de las realidades que están por debajo de las ficciones.

Consecuente y necesariamente —me parece—, cambia el mé-

todo y la forma de acercarse a la persona que necesita ayuda. De la actitud de observación imparcial del objeto analizado que puede hallarse en Freud, a la actitud de Ferenczi de cierta preocupación amorosa hacia el paciente; la de Sullivan de actuar como observador participante, para llegar finalmente a la que propone Fromm: una relación de centro a centro, el acto de comprometerse plenamente, de responder, de experimentar todo lo que el paciente experimente, una actitud de solidaridad y comunión. Pero ciertamente que también se modifica la meta que se pretende alcanzar, y, por supuesto, la forma de llegar a ella. La meta resulta más difícil, la forma más activa y mayor el compromiso.

b) *La alquimia del psicoanálisis*

Para funcionar como psicoanalista hace falta fe en el procedimiento, creer en lo que se hace y estar convencido de la bondad de esa ciencia y de sus resultados.

Si se tiene confianza en el método, se aplicará a diferentes circunstancias de la existencia y por supuesto que deberá hacerse con el mismo psicoanálisis, al igual que con la persona que lo ejerce.

Repetir una operación muchas veces, la misma durante la alquimia, no condujo a la piedra filosofal ni a la transmutación de los metales en oro: pero insensible aunque consistentemente, provocó el cambio humano de quien repetía constantemente la misma técnica de colocar un producto en un recipiente apropiado, calentarlo al fuego lento durante cierto tiempo, agregarle otra sustancia más, y, en fin, realizar todos los pasos prescritos por la experiencia acumulada durante años.

Decíamos que no se obtuvo modificación alguna en el producto puesto al fuego; pero el cambio se produjo en el individuo que lleno de paciencia, repetía y esperaba, confiado y con fe invariable, durante muchos años. Así obtuvo el hombre tranquilidad, sabiduría, constancia, capacidad de observación, concentración, fe, esperanza y perseverancia. Un tesoro superior al que podría significar la transmutación en oro, del material vulgar, común.

En cierta forma los psicoanalistas deberían actuar frente a las personas que los buscan para curación y ante la sociedad misma, como un crisol en el que se funden materiales, que a la postre dan lugar a un producto que no es el oro o la piedra filosofal. Frente a ellos el analista debería observar constantemente, concentrarse y ver; pero verdaderamente mirar lo que está ocurriendo, y luego de haberse enterado, repetir la obser-

vación en múltiples ocasiones, no importa si se repite de modo semejante el proceso; mirar correctamente y a su debido tiempo, y si se puede hacer, cambiar algunos de los ingredientes, la temperatura, el tiempo y observar los cambios.

Quiere decir que el analista debe observar al individuo y a la sociedad, constantemente y en forma interesada, y mientras las cosas exteriores van cambiando, él, el psicoanalista mismo, debería irse transformando insensiblemente, a la par que repite experiencias de observación. Cambiar profunda y fundamentalmente su percepción, para estar en condiciones de marchar al parejo de lo que ocurre, para que no se transforme en un observador anticuado, alejado de la realidad actual, que ahora, en nuestro tiempo, no dura mucho y cambia casi constantemente de manera vertiginosa.

En ese sentido el analista devendrá alquimista. De no hacerlo así, de abandonarse simplemente, adquiriendo una actitud pasiva, el psicoanálisis y el psicoanalista serán dejados rápidamente atrás, alejándose del objeto de su interés y de su razón de ser. Solamente unido de manera indisoluble al crisol de observación y cambiando constantemente mientras se mira el proceso, dejará el método y el individuo que lo ejerce de convertirse en anticuado e inútil. Los rebeldes de cualquier edad que sean, y la juventud que forma parte de ese cuerpo, insisten: "ahora, ahora, no podemos esperar." Para el análisis, como para cualquier otra de las adquisiciones actuales, también resulta verdad que hay que hacer las cosas ahora, y ese ahora significa en este momento preciso que estamos viviendo. Con una salvedad interesante y que tiene que ver con la idea de no sólo ahora sino en el futuro: para el nuevo hombre que se está gestando en estos precisos momentos, que quiere romper con todos los cánones.

El método preciso y sutil que es el análisis, debe ser empleado para analizar al mismo psicoanálisis, para criticar de modo penetrante el procedimiento y la teoría en la que se funda, sus aplicaciones prácticas y su idoneidad para tratar al individuo de nuestra época y de la que vendrá.

En cuanto al hombre psicoanalista, de más edad que el paciente joven actual, perteneciente a una generación anterior, educado bajo normas distintas, analizado a su vez y pretendidamente maduro y productivo, se hallará en una situación peculiar: es poseedor de una técnica y un arte, de un método que fue creado entre 1895 y 1939, para una sociedad y para un individuo de esa época.

Desde el punto de vista de la evolución de las ciencias, puede afirmarse con cierta autoridad que en ese periodo aproxima-

do de más o menos tres cuartos de siglo, los avances logrados en varios aspectos son más importantes y numerosos que lo realizado en todos los periodos anteriores de la civilización.

Ahora bien, existe una desproporción manifiesta entre lo descubierto por Freud y lo creado en el periodo posterior a su muerte por el grupo de sus discípulos y el grupo de los designados como "ortodoxos".

Tal vez por esa misma razón o por otras similares, el hombre analista también ha permanecido el mismo, inmodificado y al tiempo que maneja una ciencia un tanto rígida, se ha convertido en un individuo petrificado, inflexible y carente de originalidad.

Al considerar al hombre como algo consumado, definitivamente encuadrado dentro de una teoría y una explicación más o menos dogmática e invariable, se convirtió, por el mismo hecho, en un hombre reaccionario, incapaz de mirar, discriminando, lo que ocurría ante su vista; sea por incapaz de una observación fina y penetrante, como por haberse despegado del objeto de su observación al ejercer una técnica de manera fría, sin empatía, de modo tangencial, sin comprometerse.

Un instrumento con atributos dinámicos, se convirtió rápidamente, en unos cuantos lustros, en algo inmóvil, con una tendencia conservadora.

Un método dinámico como el psicoanálisis, necesita también de un ejecutante dinámico y abierto a la investigación constante, individual; a la experimentación permanente, ya que cada hombre constituye un desafío, una vida por investigar, un conjunto de fuerzas por descubrir y multitud de circunstancias irrepetibles, que en un caso particular formaron una constelación que produjo los resultados que pueden observarse a través del dramatismo de su existencia, de la historieta de su vida, de la solución que halló como la salida más adecuada.

Lo que pudo considerarse alguna vez como una cualidad encomiable en un analista, su heterodoxia, su apertura, su flexibilidad y carencia de dogmatismo, su capacidad investigadora y sus cualidades anticonvencionales; ya no pueden ser vistas como aspectos meritorios sino de radical exigencia: sin ellas, sin un espíritu realmente dinámico, no hay analista posible; ciertamente, no aquel que puede comprender al nuevo individuo, dentro de un nuevo universo revuelto, y en crisis.

Esto es, que precisa evolucionar constantemente como ser humano, que marche al unísono con aquellos que van en avanzada, sin perder su espíritu crítico, discriminativo, a fin de enjuiciar la bondad o inconveniencia de algunos cambios o modificaciones aventuradas y tal vez de índole destructiva o perjudicial. Quizá

podría decirse —y es precisamente el subtítulo de este inciso— que al mismo tiempo que observa las modificaciones y los cambios socioculturales, económicos, políticos y psicológicos, produzca la alquimia dentro de él, modificándose a su vez sustancialmente, al constituirse en objeto de su propio interés, de su cuidado y de su maduración. Sólo a través de ese cambio será capaz de comprenderlo todo y de perdonarlo todo.

c) *El nuevo analista ante el nuevo paciente*

Parece sencillo de ver que el método psicoanalítico creado durante los últimos años del pasado siglo, se sustentaba en un concepto del tiempo y de la importancia del individuo, además de un criterio etiológico de la enfermedad neurótica que han cambiado de un modo importante, a semejanza de los medios de transporte, de los de comunicación, y del tiempo formal para vivir. Mucho ha sido impregnado por la prisa, del interés por lo novedoso, la falta de persistencia; el ansia de convertir el tiempo en dinero, mecanizando la vida para apresurar y facilitar lo todo.

Cuando los trenes caminaban 30 y 50 kilómetros por hora, emplear tres años de trabajo intensivo para comprender y para curar una neurosis parecía cuando menos, aceptable y proporcional. Ahora cuando se proyectan y se construyen aviones que volarán más de 2 000 km. por hora; cuando se alcanzan 28 000 viajando en un cohete hacia el espacio exterior o circunnavegando la Tierra o la Luna; en tales condiciones utilizar un procedimiento que necesita varios años para lograr resultados ostensibles, parece tanto como ofrecer a uno de los astronautas norteamericano un viaje de noventa días en carreta por las llanuras del oeste de su país, de Nueva York a San Francisco, ¿con qué incentivo?

El problema no sería vigente si no se hubiera perdido el interés en el hombre unitario. Si éste no hubiera dejado de ser "la medida de todas las cosas". Si no fuera a la zaga de los inventos electrónicos y de las máquinas. Si sintiera el hombre nuevamente un infinito anhelo de vivir.

Si no recobra parte de su importancia, convirtiéndose parcialmente en lo que fue en relación con el universo, si no logra restaurar su dignidad, que alguna vez lo llevó a considerarse *homo sapiens*, el único ser racional dentro de la naturaleza si no sucede eso; será preciso cambiar muchas cosas, algunas serán inútiles y entre ellas el psicoanálisis.

Todas las consideraciones anteriores tienen por objeto mostrar que el método analítico, podría resultar extraño en un mundo de velocidad, de dinero, de maquinismo y enajenación. No

está más por su propio derecho y debe ser definido partiendo de la base de su interés para comprender al ser humano, al tratar de evitar su deformación al integrarse a un mundo de consumo. También tienden a mostrar que el procedimiento debe ser revolucionado para llenar sus funciones dentro de una sociedad automatizada y para un hombre adaptado en una gran proporción; y rebelde a ella en cierta medida benéfica, particularmente dentro del grupo juvenil, por otro lado.

Ahora bien, ¿qué tiene que ver todo esto con la tesis relacionada con el nuevo analista ante el nuevo paciente? Primero debe decirse que urge la ampliación de una teoría más realista y más ajustada a la "naturaleza" del hombre actual. La teoría humanista desarrollada por Fromm, con miras a lograr una imagen del hombre dentro de un marco socio-económico-político-histórico, al buscar relacionarlo todo con la naturaleza humana psicobiológica y al tratar de comprender el resultado de esa interrelación dinámica dentro de la existencia, muestra un sendero por el que podrá hallarse la respuesta.

En segundo término habrá que aceptar que el psicoanalista moderno, capaz de tratar y de comprender al paciente "moderno" debe cambiar radicalmente para situarse dentro del terreno de la realidad de un mundo en crisis, dentro del que debe participar, ejercer cierta acción y sugerir metas y soluciones. Se precisa que el profesional del análisis marche adelante del grupo humano que evoluciona paroxísticamente; no sólo a la par. Debe prepararse tomando en cuenta el influjo de las diversas fuerzas que conforman al ser humano, de las que ninguna es despreciable. Sacudir viejos moldes y criterios partiendo al mismo tiempo de la idea que dentro del hombre hay algo como un núcleo, el meollo que constituye las características que lo hacen inmutable y al mismo tiempo permiten el cambio dentro de ciertos límites, sin perder su conformación.

Al psicoanalista moderno, "nada le puede resultar ajeno". Debe constituirse en un individuo comprometido con su sociedad y con el individuo al que debe tratar. Sinceramente interesado en el hombre, debe poseer una mente revolucionaria y dinámica. Así como una fortaleza de concreto precisa para ser destruida de un arma de gran potencia y penetración, capaz de lograr la desintegración de los elementos constitutivos del material empleado como protección; en relación con el individuo joven, futuro paciente de análisis, poseedor de una actitud particular y anticonvencional ante la existencia, exigente, discriminativo y poseedor de todos los atributos a que me referí antes; para ser tratado, para ser comprendido y para ser curado, debe emplearse un instrumento de igual categoría, respetable, racio-

nal, adecuado y penetrante. Ese instrumento debe ser utilizado por un hombre de actitud y características similares, de un nivel de preparación satisfactorio, plenamente convencido de la bondad de su profesión; que haya logrado un nivel de maduración y de productividad que le confieran seguridad, confianza y autenticidad, capaces de ser transmitidas a otros.

